

# ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

## Galdós, ¿ganado o perdido?

Entre el 29 de agosto y el 5 de septiembre últimos han tenido lugar en Las Palmas los actos del I Congreso Internacional Galdosiano, bajo el patrocinio del Cabildo Insular de Gran Canaria. Se cumplían, mes más, mes menos, cien años de la publicación de *Trafalgar*, primero de los «Episodios Nacionales», ciento treinta del nacimiento del escritor y cincuenta y tres de su muerte. Cifras elevadas en cualquier caso, pero nada infrecuentes en un ambiente cultural que, como el nuestro, exige, para otorgar su reconocimiento oficial, la más absoluta inocuidad.

El Congreso ha reunido a más de un centenar de estudiosos y estudiantes de Galdós, procedentes de toda Europa, con nutrida representación de nuestros cerebros fugados a USA ante el irresistible espejismo del dólar, como diría Pere Quart. Las ponencias se ofrecieron mañana y tarde, a razón de tres simultáneas cada media hora, en un programa apretadísimo, que llegó a convertirse en agotador. Junto a galdosianos de pro y solera, como Joaquín Casaldueiro, otras primeras figuras de nuestra actividad académica han echado su cuarto de espadas para la ocasión: tales los ejemplos de Ricardo Gullón, Francisco Ynduráin y Alonso Zamora Vicente, quien, representando al presidente de la Real Academia Española de la Lengua, abrió las sesiones en nombre del Jefe del Estado. Previamente el presidente del Cabildo Insular hizo un puntilloso inventario de los honores que, hasta el mismo Congreso, había rendido a su ilustre hijo la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, aprovechando la oportunidad para advertir a las «minorías disolventes que pretenden minar nuestra unidad de destino» (o algo

por el estilo) que no se saldrían con la suya. Otras presencias o intervenciones tenían, por otra parte, el carácter de un acto de contricción. Así, Gamallo Fierros, que desvió su atención de la falta de fe que en la citada «unidad de destino» parecía tener Galdós, y que en un pretérito no tan lejano como para caer en el olvido le reprochaba acremente, para fijarla en los más confortadores «Episodios Nacionales».

Para que nadie se llamara a engaño, se obsequió a los congresistas con una carpeta de trabajo que, entre otros útiles, contenía una pulcra edición de un discurso intitolado «La Fe Nacional», discurso que Pérez Galdós tuvo la amabilidad, o debilidad, de pronunciar el 9 de diciembre de 1900 ante «más de cincuenta comensales, canarios casi en su totalidad», que se habían reunido en torno suyo para agasajarle. Dicho discurso tiene una extensión aproximada de ochocientas palabras, y ni aun con la mejor voluntad puede considerarse como una página feliz entre las ciento, quizá millares, de páginas de prosa feliz que Galdós escribió. Sin embargo, según la opinión del antólogo anónimo, en este texto se «conjugan maravillosamente la canariedad de don Benito y la españolidad de Galdós». El resto es «peccata minuta». O silencio, si hemos de ponernos trágicos.

El considerable esfuerzo que la organización de un Congreso de este tipo supone se vio justificado por algunas excelentes ponencias presentadas —y cito entre aquellas a las que asistí—: doña Josefa Domínguez trazó un sugestivo cuadro de la evolución ideológica de Galdós, valiéndose del análisis de *Gerona* como «Episodio Nacional» y *Gerona* como obra teatral; don Ricardo Gullón, actuando como conferenciante consumado, con muchas

tablas (o tarima, o cátedra) bajo los pies, hizo lo que podríamos llamar un análisis estructural de la tercera serie de los «Episodios Nacionales»; don Andrés Amorós nos explicó afinidades y diferencias entre la *Tristana* de Galdós y la *Tristana* de Buñuel; doña Gloria Moreno Castillo centró su ponencia sobre «La unidad de tema en *El doctor Centeno*». Fue esta precisamente la ponencia que despertó mayores controversias entre los oyentes y la ponente, e incluso entre la presidencia de la mesa y la ponente. La profesora Moreno Castillo se mostró perfectamente segura de sus conocimientos sobre el tema «Pérez Galdós», y defendió su aguda interpretación con decisión e incluso audacia. Pero la importancia y validez del Congreso sólo podrá juzgarse, en rigor, cuando aparezcan editadas la totalidad de las ponencias presentadas.

A los congresistas se nos trató a cuerpo de rey (pasemos por alto pequeños fallos de coordinación, que la llamada idiosincrasia canaria supo convertir en alicientes). Excursiones a las islas de Tenerife y Lanzarote, algo acezosas y tópicamente turísticas, pero interesantes en cualquier caso; proyecciones de los films *Nazarín* y *Tristana*; aperitivos, vinos españoles y almuerzos ofrecidos por diversas instituciones de las islas, sin que siempre fuera obligado el discurso previo. Y la desvelada y constante atención del doctor Alfonso de Armas Ayala, director de la Casa-Museo Pérez Galdós y secretario general del Congreso.

Mas en definitiva, ¿hemos ganado o hemos perdido a Galdós? Un acontecimiento de este tipo, ¿quiere decir que debemos resignarnos a considerar en el futuro al más grande novelista del nuestro siglo XIX como objeto de museo, debidamente

anotado, clasificado, archivado y enterrado? ¿O, por el contrario, cabe aún la esperanza de que la vitalidad de una obra como la que Galdós dejó escrita, a la que creo cuadra perfectamente el calificativo de proteica, no se adormece tan fácilmente? Me parece que a sus lectores actuales nos corresponde dar la respuesta. Y ahí está, cuando menos, la respuesta de Buñuel. ■ JOSE BATLLO.

## TEATRO

### Conversación con Arnold Wesker

—¿Qué le ha parecido el montaje de «La cocina», que se acaba de estrenar en Madrid?

—En general, y es lo mismo que le he dicho a Narros, me ha gustado mucho el montaje, porque he reconocido la obra que he escrito. Pero he criticado las cosas pequeñas que faltaban para darle el énfasis total que yo creo necesario en escena. El final de la obra no es tan claro como debiera ser... Lo he discutido con Narros, y tal vez en otro ensayo lo cambiarán. Algunas personas han dicho que, a lo largo de la acción, se ponen de parte de Marango, el dueño del restaurante, y creo que esto hay que aclararlo, porque no tenía que haber simpatía hacia él si, al final, el «chef» se separa de él y él no lo comprende... Y cuando le deja solo, Marango pregunta qué más querés y le vuelve a dejar solo... y el hecho de que le dejen solo es la respuesta, es que sí hay algo más. Esto es lo que yo creo que no está muy claro.

—¿Piensa que alguno de los actores que interpretan «La cocina» cambia el sentido de la obra?

—Pienso que algunos personajes deberían quedar más claros. Y creo que no debo responder a esto porque es algo a resolver entre el director, los actores y yo. Si lo digo, habrá lío.

—¿Con qué personaje de «La cocina» se siente identificado?

Treinta actores muy jóvenes, el director y el público aplaudieron a Wesker el día del estreno, sobre el escenario, cuando salió sonriente, alegre, con la chaqueta en la mano (algún crítico ha dicho «a lo Raphael») para aplaudirlos a su vez.

—En Inglaterra no existe el descuento del cincuenta por ciento, y ni los estudiantes ni los trabajadores pueden pagar tampoco los precios



—Un poco de Paul y creo que también un poco de Peter, pero pienso que es mejor conocerme a mí mismo personalmente que descubrirme en esos personajes.

—¿Qué piensa de la adaptación de la obra?

—Sólo digo que «La cocina» en escena es como la vi en Londres, por eso creo que está bien traducida, pero puede que haya sutilezas que sean algo diferentes... Sé que traducir es difícil, porque cuando monté mi última obra en Munich noté que los traductores no habían entendido bien, y si yo decía blanco, ellos decían negro...

del teatro. Ni siquiera los puedo pagar yo... Una buena butaca puede costar unas dos libras y media aproximadamente... El precio puede variar desde una libra y media a dos.

—¿Inglaterra no es un país de gran tradición teatral?

—No. Hay buenos escritores de teatro, pero la tradición está limitada por la burguesía. El teatro popular en Inglaterra es el «music-hall»... Eso sí, se ofrece buen teatro en televisión, donde trabajan actualmente actores de gran prestigio, y esto hace posible que el pueblo los pueda ver. El público, a través de